

“MALOS PASOS” Y “PROMOCIONES”.
APROXIMACIONES AL TRABAJO FEMENINO ASALARIADO DESDE LA HISTORIA
Y LA LITERATURA (BUENOS AIRES, 1919-1939)

GRACIELA AMALIA QUEIROLO
UBA- Universidad Di Tella;
graqueirolo@hotmail.com

RESUMEN

“Malos pasos” y “promociones”. Aproximaciones al trabajo femenino asalariado desde la historia y la literatura (Buenos Aires, 1919-1939)

Este escrito recorre las diversas imágenes con que la literatura de la cultura de masas, representa el trabajo femenino asalariado en la ciudad de Buenos Aires, durante el período comprendido entre 1919 y 1939, con el propósito de señalar las tensiones generadas alrededor de los estereotipos de las mujeres trabajadoras. Ellas son indicativas de las conflictividades que atravesaban a las relaciones sexo-genéricas. Por otro lado, pretende problematizar el uso de fuentes literarias para el abordaje de los procesos sociales. Ellas no son leídas de manera textual sino problemantizando sus enunciados al ponerlos en diálogo con otros discursos sociales. De esta manera, se espera realizar una contribución al aspecto de las representaciones del trabajo femenino asalariado que vendría a completar los análisis de las experiencias, de las condiciones y de las protestas laborales.

Palabras clave: trabajo femenino asalariado; ideología de la domesticidad; “mal paso”; ascenso social.

ABSTRACT

“Malos pasos” and promotions. Approaches to feminine labor from a historic and a literary point of view (Buenos Aires, 1919-1939)

This paper traces different literary images that represent feminine labor in the city of Buenos Aires, between 1919 and 1939. Its aim is to show some tensions created around the stereotypes of working women. These are an indication of the instances of conflict that characterized sex-gendered relations. On the other side, the paper seeks to question the use of literary sources in the analysis of social processes. Instead of being read textually, they will be confronted to other social discourses. In this way our contribution to the study of feminine labor representations will presumably complete the analysis of experiences, conditions and work protests.

Key-words: feminine labor, ideology of domesticity, “mal paso”, social promotion

Los cambios modernizadores que afectaron a la sociedad argentina desde las últimas décadas del siglo XIX tuvieron entre tantas resultantes la visibilización del trabajo femenino asalariado, aspecto que en la actualidad ha sido abordado por diversas disciplinas como la sociología y la historia. Dentro de ésta ocupan un lugar destacado los estudios que han problematizado las condiciones de trabajo, las experiencias laborales de las trabajadoras y las situaciones de protesta social. De acuerdo con estas líneas, las obreras han atraído a las investigaciones de manera predominante¹, aunque no exclusiva, puesto que maestras y telefonistas han sido objeto de análisis². Fundamentados en importantes fuentes como censos, legajos de personal, entrevistas en profundidad, prensa de asociaciones políticas, confesionales y feministas, documentos oficiales, legislación pública, tales estudios han llegado a conclusiones que han aumentado y enriquecido los conocimientos del mundo del trabajo.

En línea con lo anterior, nos proponemos incorporar las fuentes literarias a los análisis del mundo del trabajo, con el objetivo de indagar en las representaciones creadas por ellas en torno al trabajo femenino asalariado. Dentro del amplio universo del mundo de las letras, hemos seleccionado ciertas producciones de la cultura de masas que reúnen la característica de que sus protagonistas son mujeres que practican tareas asalariadas. La diversidad de testimonios que permiten acceder al conocimiento del pasado fue algo señalado por Marc Bloch en la década de 1940³. Esta afirmación permite sostener que los bienes culturales son una de las tantas "huellas" que conducen a la operación historiográfica de atribuirle un sentido al pasado. Sin embargo, como otras fuentes, cada una en su especificidad, las producciones literarias introducen el problema de cómo leerlas. Ante ello, rechazamos la transparencia de la lectura

¹ Mercado Matilde Alejandra, *La primera ley de trabajo femenino. "La mujer obrera" (1890-1910)*, CEAL, Buenos Aires, 1988. Feijóo María del Carmen, "Las trabajadoras porteñas a comienzos del siglo", en Armus Diego (comp.), *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de Historia Social Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990, pp 282-311. Badoza Silvia, "El ingreso de la mano de obra femenina y los trabajadores calificados en la industria gráfica", en Knecher Lidia, Panaia Marta (compilación), *La mitad del país. La mujer en la sociedad argentina*, CEAL, Buenos Aires, 1994, pp. 290-300. Rocchi Fernando, "Concentración de capital, concentración de mujeres. Industria y trabajo femenino en Buenos Aires, 1890-1930", en Fernanda Gil Lozano, Valeria Pita, Gabriela Ini (dir.), *Historia de las mujeres en la Argentina. Siglo XX*, Taurus, Buenos Aires, 2000, pp. 222-243. Mirta Lobato, *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera. Berisso (1904-1970)*, Prometeo Libros/Entrepasados, Buenos Aires, 2001. Lavrin Asunción, *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*, DIBAM, Santiago de Chile, 2005.

² Morgade Graciela, "La docencia para las mujeres: una alternativa contradictoria en el camino de los saberes legítimos", en Graciela Morgade (comp.), *Mujeres en la educación. Género y docencia en Argentina (1870-1930)*, Miño y Dávila Editores, Buenos Aires, 1997, pp. 67-114, Yannoulas Silvia, "Maestras de antaño: ¿mujeres tradicionales? Brasil y Argentina (1870-1930)", en Graciela Morgade (comp.), *Op. Cit.*, pp. 175-191, Barrancos Dora, "¿Mujeres comunicadas? Las trabajadoras telefónicas en las décadas de 1930-1940", en Hilda Beatriz Garrido, María Celia Bravo, (coord.), *Temas de Mujeres, Perspectivas de Género. IV Jornadas de Historia de las Mujeres y Estudios de Género*, CEHIM, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 1998, pp. 443-457. Barrancos Dora, "Vida íntima, escándalo público: las telefonistas en las décadas 1930 y 1940", en *Mujeres en escena, Actas de las Quintas Jornadas de Historia de las Mujeres y Estudios de Género*, Instituto Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa, 2000, pp. 487-493.

³ Bloch Marc, *Introducción a la Historia*, FCE, Buenos Aires, 1990.

inmediata, y nos proponemos leerlas en el contexto sociocultural en que fueron producidas. Esto implica reconstruir los procesos sociales en que tuvo lugar la problematización del trabajo asalariado de las mujeres, reconstrucción que trae aparejada indagar en otros discursos sociales que problematizaron el trabajo femenino asalariado.

De acuerdo con lo anterior, la problematización del trabajo asalariado de las mujeres se encuadró en una serie de procesos modernizadores –inmigración, mercado interno, mercado de trabajo, ascenso social- dentro de los cuales la *ideología de la domesticidad*⁴ materializada en diversos discursos sociales, definió la identidad femenina a partir de la maternidad normativizada en el matrimonio heterosexual, y atribuyó al trabajo asalariado de las mujeres un carácter excepcional. Así, las producciones de la cultura de masas integraron el discurso literario que reprodujo *la ideología de la domesticidad* en las representaciones de “el mal paso”, “la caída” y “el sacrificio”. En ellas se asociaba el trabajo femenino con conductas sexuales incorrectas por momentos rayanas a la prostitución.

De esta manera, las producciones de la cultura de masas conformaron representaciones que actuaban en los procesos sociales de significación, y por lo tanto portaban una ideología con significados hegemónicos. Sin embargo, en las producciones culturales, aparecían también otras representaciones que en cierta medida cuestionaron los principios hegemónicos de la domesticidad. Se trata de representaciones de la promoción individual de las trabajadoras. En ellas se asociaba el trabajo femenino con mejoras relativas tanto materiales como sociales. Como afirmaba Richard Hoggart: “lo que se escribe (...) siempre revela mucho sobre lo que se piensa y las nociones que se poseen sobre la sociedad (...) Si un escritor afirma que escribió su libro para mostrar tal o cual aspecto de la sociedad o de la vida, no hay que creerlo necesariamente, porque su novela puede revelar más de lo que él cree o sabe. Y lo que revela puede estar

⁴ El concepto ideología de la domesticidad ha sido desarrollado por Joan Scott y Mary Nash en sus análisis de las sociedades europeas. Ver Nash Mary, “El mundo de las trabajadoras: identidades, cultura de género y espacios de actuación”, en J. Paniagua, J. Piqueras y V. Sanz (eds), *Cultura social y política en el mundo del trabajo*, Biblioteca Historia Social, Valencia, 1999, pp. 47-68, Nash Mary, “Identidad cultural de género, discurso de la domesticidad y la definición del trabajo de las mujeres en la España del Siglo XIX”, en Duby Georges, Perrot Michelle (directores), *Historia de las mujeres. Tomo 4. El siglo XIX*, Taurus, Madrid, 2000, pp. 612-623, Nash Mary, “Maternidad, maternología y reforma eugénica en España, 1900-1939”, en Duby Georges, Perrot Michelle (directores), *Historia de las mujeres. Tomo 5. El siglo XX*, Taurus, Madrid, 2000, pp. 687-708, Scott Joan, “La mujer trabajadora en el siglo XIX”, en Duby Georges, Perrot Michelle (directores), *Historia de las mujeres. Tomo 4. El siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2000, pp. 427-461.

en contradicción con lo que piensa que está revelando”.⁵ En otras palabras, en toda operación de construcción de sentido hay tensiones en sus componentes. Indagar en estas tensiones permite abordar las complejidades que acechaban al trabajo femenino asalariado. Tales complejidades son parte de las transformaciones que experimentaban las relaciones entre los sexo-géneros.

1. El escenario del trabajo femenino asalariado: modernización y domesticidad

Hacia la década de 1920, en la ciudad de Buenos Aires, el trabajo femenino asalariado dibujaba un mundo de difusos contornos que combinaba un heterogéneo conjunto de actividades. Esta heterogeneidad se constituía a partir de las diferentes tareas desempeñadas, de los espacios de realización, de los tiempos destinados, de las capacidades poseídas y requeridas, así como también, de los reconocimientos sociales atribuidos. No obstante, esta heterogeneidad era matizada por dos características comunes a todas las actividades. Por un lado, aquéllas que practicaban cualquiera de las tareas mencionadas recibían a cambio una remuneración monetaria.⁶ Por otro lado, un conjunto de discursos sociales adversos y condenatorios significaba las actividades asalariadas de las mujeres gracias a la reproducción de la *ideología de la domesticidad* cuyos principios maternalizaban a las mujeres, es decir, concebían a la maternidad como una identidad femenina exclusiva y por lo tanto incompatible con cualquier otra actividad, en especial la laboral.⁷

Ahora bien, tanto las diferencias como las similitudes de las actividades femeninas asalariadas daban especificidad a la oferta y demanda de mujeres en un mercado de trabajo cuya vitalidad se asociaba estrechamente con una economía urbana dinámica y expansiva promovida por un proceso de modernización socioeconómica. Esta modernización había comenzado en las últimas décadas del siglo XIX, cuando la Argentina se había integrado al mercado mundial como una economía productora de bienes primarios y receptora de capitales extranjeros. La crisis económica internacional iniciada en 1929, a pesar de

⁵ Sarlo Beatriz, “Raymond Willimas y Richard Hoggart: sobre cultura y sociedad”, en Revista Punto de Vista, Buenos Aires, Julio 1979, año 2 n° 6, pp. 9-18.

⁶ El uso de la categoría “trabajo femenino asalariado” se refiere a “trabajo remunerado” o “trabajo para el mercado”. Por lo tanto, no contempla el “trabajo doméstico no remunerado”, es decir, las actividades físicas cuyos resultados o productos satisfacen las necesidades de la persona que realiza tales actividades y de su grupo familiar. Ver: Recchini de Lattes Zulma, Wainerman Catalina H., “Empleo femenino y desarrollo económico: algunas evidencias”, en *Desarrollo Económico*, Volumen 17, n° 66, Julio-Septiembre 1977, Wainerman Catalina H., Recchini de Lattes Zulma, *El trabajo femenino en el banquillo de los acusados. La medición censal en América Latina*, Population Council, Terra Nova, México, 1981, pp. 35-68.

⁷ Nari Marcela, *Políticas de maternidad y maternalismo político, Buenos Aires (1890-1940)*, Biblos, Buenos Aires, 2005.

que promovió nuevas direcciones a la economía nacional, mantuvo, con otros ritmos, el dinamismo de la economía urbana.⁸

La expansión de la economía urbana estimuló los procesos migratorios protagonizados por mujeres y varones a la búsqueda de una calidad de vida superior a la de sus lugares de origen.⁹ En un primer momento se produjo la llegada de inmigrantes transoceánicos. Ellos incrementaron notablemente la población nacional y, en especial, la de la ciudad de Buenos Aires. Los 286.000 habitantes porteños de 1880 ascendieron a 649.000 en 1895, para llegar a 1.576.000 en 1914. La Primera Guerra Mundial impuso un paréntesis en este proceso que se reanudó al concluir la contienda. Hacia 1930 la nueva crisis internacional puso fin a la inmigración transoceánica para dar lugar al proceso de migraciones de las provincias del interior. Así, los 2.254.000 de 1930 devinieron 2.415.000 en 1936. Esta tendencia se mantendría hasta fines de la década de 1940.¹⁰

El dinamismo de la economía de la ciudad de Buenos Aires se tradujo en la expansión de un mercado interno que fue abastecido tanto por bienes importados como por el desarrollo de un sector secundario integrado por fábricas y talleres. Por su parte, esto fue acompañado por el crecimiento del sector terciario que abasteció a la ciudad de servicios comerciales, educativos, sanitarios, administrativos y domésticos. Las mujeres y los varones recién llegados, junto con sus descendientes, integraron el mundo del trabajo que ofreció mano de obra para satisfacer la demanda expansiva de ambos sectores, mientras que actuaron como consumidores de los bienes secundarios y de los servicios terciarios, estimulando así su crecimiento. De esta manera, mercado interno, mercado de trabajo y movimientos migratorios, se imbricaron con el proceso de urbanización visibilizado en la emergencia de nuevos suburbios barriales.

Así, la ciudad de Buenos Aires se expandió físicamente en barrios, gracias al avance de la urbanización de zonas alejadas del centro burocrático. Esto se materializó por una parte gracias al desarrollo del sistema de transportes públicos -tranvías, trenes, subterráneos y ómnibus- que redujo

⁸ Gerchunoff Pablo, Llach Lucas, *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas en La Argentina*, Ariel, Buenos Aires, 1998, Romero Luis Alberto, *Breve historia contemporánea de La Argentina*, FCE, Buenos Aires, 1994.

⁹ Recchini de Lattes Zulma, “La población: crecimiento explosivo y desaceleración, 1855-1980”, en Romero, José Luis, Romero, Luis Alberto (dir.): *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos*. Vol. II, Editorial Abril, Buenos Aires, 1983, pp. 241-254. Torrado Susana, *Historia de la familia en la Argentina Moderna (1870-2000)*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 2003, pp. 82-126.

¹⁰ Romero, José Luis, “La ciudad burguesa”. En Romero, José Luis, Romero, Luis Alberto (dir.), *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos*. Vol. II, Editorial Abril, Buenos Aires, 1983, p. 9. Sarlo Beatriz, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1988, p. 18.

distancias y tiempos, de manera de posibilitar la comunicación entre los barrios residenciales y los lugares de trabajo.¹¹ Por otra parte, la expansión del agua potable, de la red cloacal, de la electricidad y del gas, si bien fue lenta, y no siempre llegó a los nuevos barrios, ofreció la promesa de un cierto confort habitacional.¹² Por último, el proceso de loteo, es decir, la subdivisión y venta de antiguas quintas residenciales o de tierras públicas, permitió que muchos asalariados adquirieran un pequeño terreno. Así, la pieza del conventillo o la casa compartida, primera residencia de muchos migrantes, se reemplazó por el terreno -la mayoría de las veces comprado en cuotas- en el cual se edificaría la vivienda propia. La casa de patio lateral con cuartos conectados entre sí, conocida como "casa chorizo", se construyó gradualmente adosando piezas según el presupuesto y las necesidades del grupo familiar. Éstas podían emplearse para la residencia familiar, para alquilar cuartos a pensionistas o bien instalar emprendimientos productivos como, por ejemplo, un taller de costura.¹³ Así, la casa chorizo simbolizó el camino elegido por los sectores populares en ascenso con el objetivo de materializar la movilidad social.

De acuerdo con lo anterior, la urbanización porteña se vinculó a una sociedad abierta en donde el ascenso social era deseable y posible de materializar para quienes fueran capaces de aprovechar las distintas oportunidades que se ofrecían, tanto a mujeres como a varones. El ascenso social fue un proceso individual que involucró a todo el grupo familiar y que se concretó no sólo con la casa propia, sino también con la educación de los hijos e incluso de las hijas, o bien, con un pequeño emprendimiento comercial o productivo. Por supuesto, no todos triunfaron en esta aventura contingente, y la cuestión social con sus problemas de salarios, viviendas, condiciones laborales y protestas, estuvo presente a lo largo de todos estos años.¹⁴

En este contexto, el trabajo asalariado de las mujeres, en su papel de hijas o de esposas, adquirió importancia dentro del presupuesto de la familia. En la carrera de la promoción social del grupo familiar, los ingresos aportados por las mujeres y los hijos e hijas -tanto niños como adolescentes-, se sumaron a los ingresos de los esposos y engrosaron el poder adquisitivo. Pero también se destacó la importancia de los

¹¹ Scobie James, *Buenos Aires, del centro a los barrios, 1870-1910*, Solar, Buenos Aires, 1977.

¹² Desde 1900 se expandieron el agua potable y la red cloacal. Desde mediados de la década 1920 se amplió el servicio de electricidad, mientras que desde la década de 1930 lo hizo el servicio de gas. Torrado, *Op. Cit.*, p. 388. Scobie, *Op. Cit.*

¹³ Liernur Francisco, "Casas y jardines. La construcción del dispositivo doméstico moderno (1870-1930)", en Fernando Devoto y Marta Madero (dir.), *Historia de la vida privada en la Argentina. Tomo II La Argentina plural: 1870-1930*, Taurus, Buenos Aires, 1999, pp. 98-137.

¹⁴ Suriano Juan, "Introducción: una aproximación a la definición de la cuestión social en Argentina", en Suriano Juan (compilador), *La cuestión social en Argentina 1870-1943*, La Colmena, Buenos Aires, 2000, pp. 1-29.

salarios femeninos en aquellos grupos familiares en los que el déficit presupuestario era una amenaza constante, lo cual atentaba contra la subsistencia cotidiana. Por otra parte, muchas mujeres solas, es decir sin marido debido a situaciones de separación o abandono, o bien de viudez, estuvieron a cargo de sus grupos familiares manteniendo con sus ingresos monetarios a hijos y otros miembros a cargo (ancianos, enfermos, hermanos pequeños, por ejemplo).

De acuerdo con lo anterior, el trabajo femenino asalariado se encuadraba dentro de situaciones de ascenso social del grupo familiar, subsistencia cotidiana de las familias, o bien jefaturas de hogares. Sin embargo, la *ideología de la domesticidad*, cuyos principios se materializaron en múltiples discursos sociales, significó el trabajo femenino asalariado con concepciones adversas y hasta hostiles. De esta manera, la identidad femenina o femineidad se cimentaba por la maternidad, mientras que la identidad masculina o masculinidad se cimentaba por la provisión material. La “mujer madre” y el “hombre proveedor” fueron dos estereotipos que delimitaron tanto distintas actividades a realizar como diferentes ámbitos de acción. Así la “mujer madre” desempeñaría los quehaceres domésticos, la crianza de la descendencia y el cuidado de enfermos y ancianos, en el mundo privado del hogar, mientras que el “hombre proveedor” realizaría el trabajo asalariado y el ejercicio de sus obligaciones ciudadanas, en el mundo público de la calle.

En sintonía con estos principios, el trabajo femenino asalariado fue concebido como una actividad *excepcional* justificada por situaciones de necesidad debidas a una condición de soltería, de separación, de viudez o de ingresos insuficientes del marido. La *transitoriedad*, es decir la realización de actividades asalariadas por un período de la vida, y la *complementariedad*, es decir, la concepción de complemento del presupuesto familiar sostenido por el hombre, reforzaron el principio de excepcionalidad.

Más que ninguna otra actividad, el trabajo asalariado de las mujeres competía con la maternidad, por el uso del tiempo y la dedicación de energías físicas y emocionales. El estudio, en especial en los niveles universitarios, el ocio expresado en los paseos céntricos a las grandes tiendas comerciales, la militancia en agrupaciones feministas que por esos años ganaron espacio en el mundo público, fueron concebidos por la

ideología de la domesticidad, como un atentado contra la maternidad, aunque ninguna de estas actividades se pensó tan amenazadora como el trabajo.¹⁵

De esta manera, la *ideología de la domesticidad* se imbricó con el proceso de *maternalización de las* cuyo resultado final fue la identificación entre mujer y madre, entre feminidad y maternidad. Dentro de los múltiples discursos sociales que crearon al tiempo que difundieron los principios de la *ideología de la domesticidad*, el discurso médico tuvo un lugar preeminente. A partir de instituciones, publicaciones y prácticas específicas, la corporación médica propagó un discurso que naturalizó las funciones reproductivas de las mujeres. Esta construcción se fundamentó en un determinismo biológico que concibió a los cuerpos femeninos como portadores de órganos maternos, creadores del instinto maternal. La sexualidad femenina se canalizó dentro de la obligación maternal, mientras que se condenó cualquier otro uso de ella, ya fuera el placer o el empleo económico.¹⁶

El Estado adscribió a la *ideología de la domesticidad* desde su legislación. El Código Civil desconoció hasta 1926 muchos derechos civiles a las mujeres y las subordinó dentro de la institución familiar, al padre o al marido. A su vez, políticos defensores de variadas y hasta opuestas orientaciones políticas clamaron por la defensa legislativa de la madre trabajadora.¹⁷ Liberales, católicos y socialistas maternalizaron a las mujeres y mostraron su desacuerdo en mayor o menor medida con el trabajo femenino asalariado de las mujeres. Así, si representantes de los sectores católicos como Alejandro Bunge defendieron la prohibición del trabajo de las mujeres, socialistas como Alfredo Palacios promovieron la legislación protectora del trabajo femenino.

La caída de la tasa de natalidad reforzó aquellos argumentos que proclamaban la prohibición del trabajo asalariado de las mujeres. La reducción de los nacimientos junto con la caída de la tasa de mortalidad habían comenzado hacia 1885. Esto trajo como resultado una disminución del crecimiento vegetativo, situación que fue disimulada por el crecimiento migratorio de la población. Hacia la década de

¹⁵ Nari, *Op. Cit.*, 2005.

¹⁶ Nari *Op. Cit.*, 2005. Nari Marcela, "Las prácticas anticonceptivas, la disminución de la natalidad, y el debate médico, 1890-1940", en Lobato Mirta (editora), *Política, médicos y enfermedades. Lecturas de historia de la salud en La Argentina*, Editorial Biblos, Universidad Nacional de Mar del Plata, Buenos Aires, 1996, pp 150-189.

¹⁷ Navarro Marysa y Wainerman, Catalina; "El trabajo de las mujeres: un análisis preliminar de las ideas dominantes en las primeras décadas del siglo XX", *Cuadernos del CENEP*, Buenos Aires, n° 7, 1979, Mercado, *op. cit.* 1988; Feijóo, *op. cit.*, 1990; Lavrin, *op. cit.*, 2005; Nari, *op. cit.*, 2005; Lobato, "Lenguaje laboral (...)", *op. cit.*, 2000; Lobato, "Entre la protección (...)", *op. cit.*, 2000; Nari, "Maternidad, política y feminismo", en Fernanda Gil Lozano; Valeria Pita, Gabriela Ini (dir.), *op. cit.*, 2000, pp. 196-221.

1920, la caída de la natalidad se hizo más aguda y se responsabilizó de ello al trabajo femenino asalariado. La *ideología de la domesticidad* reforzó sus argumentos en la voz de Alejandro Bunge y en las conclusiones del Congreso Nacional de la Población (1940). Ambos diagnosticaron la crisis de la sociedad nacional como consecuencia del menor número de nacimientos, y condenaron lo que llamaron el “obrerismo” y la “empleomanía” de las mujeres. La solución propuesta fue la permanencia de ellas en el hogar donde cumplirían sus funciones maternas.¹⁸

Junto con el discurso médico y legal, los principios de la *domesticidad* se crearon al tiempo que se difundieron por otros variados discursos sociales. Así, el discurso educativo hizo su aporte a través de la legislación, las materias curriculares y los materiales de estudio. El sistema educativo creado por la ley 1420 planificó la sociabilización de las niñas y de los niños en saberes diversos. Las niñas fueron instruidas para obrar como administradoras del hogar en calidad de esposas y madres, mientras que los niños fueron preparados para actuar como ciudadanos en el mundo público. La escuela primaria educó a las pequeñas en saberes domésticos a partir de la difusión de la *economía doméstica*, disciplina que enseñaba las tareas del hogar –limpieza de la casa, preparación de los alimentos, cuidado de la ropa-, la correcta administración de los bienes -el ahorro-, y las normas de aseo, garantía de una buena salud.¹⁹ Los manuales escolares representaron a las mujeres madres en la práctica de los quehaceres hogareños o bien atendiendo al marido y a sus hijos, mientras los varones aparecieron partiendo al o llegando del lugar de trabajo.²⁰

La publicidad gráfica ofreció productos que prometían una mayor eficiencia femenina en la realización de las actividades del hogar. Las secciones femeninas de la prensa y de las revistas de circulación masiva contaron con una columna cuyo título era “La mujer y el hogar” o uno similar, desde donde se aconsejaba a las amas de casa.²¹ Por su parte, la literatura creó los estereotipos de “el mal paso”, “la caída”

¹⁸ Nari, *op. cit.*, 1996; Nari, *op. cit.*, 2005; Torrado, *op. cit.*, pp. 82-91 y 141-152. Karina Felitti. “La cuestión demográfica en la Argentina de entreguerras: debates, propuestas y políticas para promover la maternidad”, en *Revista Zona Franca* n° 14, Centro de Estudios Interdisciplinarios sobre las Mujeres, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, mayo 2005, pp. 127-137.

¹⁹ La ley 1420 de 1884 estableció la educación primaria, gratuita y obligatoria e incorporó masivamente a la/os niña/os al sistema escolar. El artículo 6 estableció: “Para las niñas será obligatorio, además, el conocimiento de labores de manos y nociones de economía doméstica. Para los varones el conocimiento de los ejercicios y evoluciones militares más sencillos, y en las campañas, nociones de agricultura y ganadería”. Citado por Nari Marcela, “La educación de la mujer (o acerca de cómo cocinar y cambiar los pañales a su bebé de manera científica)”, en *Revista Mora*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Agosto 1995, p. 36.

²⁰ Barck de Raijman Rebeca, Wainerman Catalina H, *Sexismo en los libros de lectura de la Escuela Primaria*, Ediciones del IDES, Buenos Aires, 1987.

²¹ Diz Tania, *Alfonsina periodista. Ironía, y sexualidad en la prensa argentina (1915-1925)*, Libros del Rojas, Buenos Aires, 2006, pp. 25-54.

o “los sacrificios” que establecieron asociaciones entre el trabajo femenino asalariado y conductas sexuales incorrectas, emparentadas con la práctica de la prostitución.

La prostitución concebida como el comercio sexual femenino, es decir como una actividad donde las mujeres vendían prácticas sexuales y los hombres las compraban, fue una actividad legal en la ciudad de Buenos Aires entre 1875 y 1936. La legalización tuvo como objetivo proteger la salud de la población a través del combate de la sífilis, enfermedad venérea feminizada puesto que se responsabilizaba a las mujeres de su transmisión. También en esto estuvo presente la *ideología de la domesticidad*, porque se culpó a las prostitutas de enfermar a la población, a partir de un uso inmoralmente equívoco del cuerpo.²²

Ahora bien, a pesar de todo lo expuesto, desde fines de la década de 1970, las investigaciones y los análisis realizados por la comunidad académica, han mostrado la complejidad del mundo del trabajo femenino, ya que las mujeres obtenían ingresos monetarios a través de la participación en variadas actividades con diferentes características.

En el sector secundario, los establecimientos industriales contrataban mujeres conocidas como obreras o “fabriquetas”. Así, las grandes fábricas, unidades en donde predominaban la mecanización y la división de tareas del proceso productivo, empleaban mujeres en actividades determinadas, dando lugar a la feminización de ciertas actividades, proceso asociado con la segmentación genérica de la producción. Las industrias alimenticias y químicas emplearon mujeres como empaquetadoras, involucradas y etiquetadoras, mientras que los establecimientos textiles contrataron tejedoras e hilanderas, y los gráficos encuadernadoras.²³ En general, muchas de estas actividades no requerían ninguna calificación específica ya que las tareas se aprendían en la práctica diaria con el asesoramiento de otra trabajadora o de algún superior.²⁴

²² Guy Donna J., *El sexo peligroso. La prostitución legal en Buenos Aires 1875-1955*, Sudamericana, Buenos Aires, 1994. Grammatico Karin, "Obreras, prostitutas y mal venéreo. Un estado en busca de la profilaxis", en Gil Lozano Fernanda, Pita Valeria, Ini Gabriela (directoras), *Historia de las mujeres en la Argentina, tomo 2*, Taurus, Buenos Aires, 2000, pp. 114 -133.

²³ Las mujeres predominaban los establecimientos alimentarios (frigoríficos y fábricas de galletitas y caramelos), y en las fábricas de cigarrillos y de fósforos. También en los establecimientos industriales de la rama textil (hilanderías de algodón, seda, lana, cintas, elásticos), y en aquéllos dedicados a la producción de calzado (zapatos, zapatillas y alpargatas), y a la confección de sombreros, guantes, medias, lencería, bolsas de arpillera, bolsos, botones. En el sector gráfico, eran numerosas en la actividad de encuadernación (encoladoras, cosedoras, dobladoras, ponepliegos, sacapliegos), y en el manejo de algunas maquinarias (timbradoras y numeradoras).

²⁴ A estas conclusiones llega el estudio de Mirta Lobato sobre las industrias frigoríficas. Ver Lobato, *Op. Cit.*, pp. 131-153

Dentro del sector secundario, también se encontraban los talleres cuya diferencia de las fábricas radicaba tanto en la menor cantidad de mano de obra empleada como en la menor escala productiva desarrollada. Los talleres de confección de prendas de vestir convocaron costureras cuya especialización dio vida al laberíntico mundo de zurcidoras, pantaloneras, cortadoras, vainilladoras, overloquistas, bordadoras, corseteras, sombrereras. Por su parte, los talleres de confección de calzados contrataron aparadoras. Las habilidades de costura se adquirían de diferentes maneras. Una posibilidad era la transmisión de saberes de una generación de mujeres a otra. Otra posibilidad era la educación formal que brindaba la escuela primaria a partir del dictado de la economía doméstica. Finalmente se hallaba la educación informal que impartían los institutos o academias a través de cursos breves que ofrecían el aprendizaje de un oficio y la salida laboral efectiva.

Tanto la fábrica como el taller implicaban una gran cantidad de horas fuera del lugar de residencia. Una alternativa que permitía permanecer en la vivienda, era el trabajo a domicilio o sistema de sudor (*sweating system*). En éste, una fábrica, un taller o una casa comercial, encargaba a costureras o aparadoras la confección de ciertos productos que eran retribuidos por pieza producida. Se suponía que si las mujeres realizaban el trabajo en sus domicilios, podían alternarlo con éxito con los quehaceres domésticos y maternos. Sin embargo, la remuneración a destajo era tan baja que, para conseguir una cantidad de dinero significativa, las mujeres debían dedicarse exclusivamente a las tareas para el mercado, lo cual se traducía en largas jornadas laborales y en la imposibilidad de atender el hogar y los hijos.

En el sector terciario, el servicio doméstico convocó a cocineras, mucamas, planchadoras, lavanderas, nodrizas y niñeras. Éstas podían emplearse “con cama”, es decir, instalándose permanentemente en su lugar de trabajo y dejando sus propios hogares por largos períodos, o bien “por horas”, lo que les permitía combinar distintos empleos y hacer un uso más flexible del tiempo. En el caso de las lavanderas y de las planchadoras, existían talleres que las contrataban en calidad de oficialas, situación que les imponía una larga jornada fuera de su vivienda particular. Todas estas tareas concebidas como femeninas por la ideología de la domesticidad, se adquirían en la práctica cotidiana desde la niñez, aunque ciertas exigencias demandadas por los avisos clasificados evidencian la falta de aptitud de ciertas mujeres para algunas tareas domésticas, lo cual cuestiona el carácter de natural y subraya la acción del aprendizaje.

Es el caso de las cocineras cuyo pedido –“se necesita cocinera”-aparece muchas veces seguido de la fórmula “que sepa su oficio”. De esto se infiere que algunas mujeres que buscaban empleo podían presentarse a ciertos puestos sin conocer la tarea solicitada.

Por otra parte, el sector terciario contrataba mujeres en distintas actividades que requerían algún tipo de capacitación formal o informal. Dentro del sector de las telecomunicaciones, las mujeres fueron contratadas como telefonistas para atender los conmutadores que transferían las llamadas. Las operadoras telefónicas, realizaban un entrenamiento a manos de supervisoras de la compañía. La expansión del comercio minorista dio lugar a la demanda de vendedoras, cajeras y corredoras de productos específicos. Estos empleos requerían una alfabetización mínima, adquirida previo pasaje por la escuela primaria, aunque no se hubiera completado el ciclo de estudios. Los sectores administrativos contrataron mujeres como dactilógrafas, taquígrafas, o auxiliares contables. En estos casos, a la educación formal brindada por la escuela primaria, se sumaba la educación informal impartida por academias o institutos. Ésta formación consistía en cursos breves que completaban las habilidades de la alfabetización elemental. Todas estas actividades laborales se desempeñaban fuera del lugar de residencia bajo cargas horarias extensas.

En el rubro sanitario, las mujeres fueron enfermeras, parteras y asistentes sociales, profesiones que implicaban la formación en alguna institución específica.²⁵ Por otra parte, en el ámbito educativo las mujeres ejercieron la ocupación de maestras de escuela primaria. A la educación primaria se sumó la educación secundaria que consistía en la finalización de la escuela normal. Las maestras ejercían su profesión fuera de su hogar, pero podían optar por una media jornada, situación que les concedía más tiempo. Un uso posible de éste era el dictado de clases particulares, impartidas en su casa o en el domicilio del alumno o de la alumna. Dentro del sector educativo, también existía un amplio universo de profesoras particulares que dictaban clases de diversas disciplinas como idiomas, solfeo y materias de escuela media.

Como ya argumentamos, la ideología de la domesticidad concibió como negativo el trabajo femenino asalariado. Sin embargo la concurrencia diaria de las mujeres a sus actividades laborales cuestionó tales principios. Por otro lado, las variadas actividades que desempeñaron las mujeres en el mercado de trabajo recibieron una escala de valores que les asignaban distintos reconocimientos sociales,

²⁵ Binstock Georgina, Wainerman Catalina, "El nacimiento de una ocupación femenina: la enfermería en Buenos Aires", en *Desarrollo Económico*, Vol. 32, n° 126, Julio-Septiembre 1992, pp. 271-284. Nari, *Op. Cit.*, 2005.

porque practicar una u otra actividad se relacionaba con un lugar en la estructura social. Así las tareas femeninas integraban una escalera ascendente de prestigio que seguía este orden: domésticas, obreras, telefonistas, vendedoras, administrativas, maestras. Las ocupaciones menos prestigiosas se asociaban con situaciones de pobreza así como también, con representaciones más cercanas a la prostitución, mientras que las ocupaciones más prestigiosas se asociaban con una mayor holgura económica y con representaciones que defendían una cierta promoción social de las trabajadoras. Éstas últimas cuestionaron aún más, los principios de la ideología de la domesticidad. Por supuesto, que el mayor prestigio junto con el máximo reconocimiento social legitimado para las mujeres, lo otorgaban el matrimonio heterosexual y la maternidad, a lo que se sumaba el abandono del mundo del trabajo.

2. “Malos pasos”, “caídas”, “sacrificios”, “entregas”, “perdiciones”

Una representación recurrente creada por las producciones de la cultura de masas es la de “el mal paso” que a veces se relaciona con “caídas”, “sacrificios”, “entregas”, “perdiciones”. Todas esas representaciones asociaban a las trabajadoras asalariadas con ciertas libertades sexuales que a veces eran asimiladas con el ejercicio de la prostitución; por lo tanto, estas expresiones introdujeron los estigmas sobre la integridad moral de las trabajadoras, al atribuirles conductas sexuales socialmente condenables, debido a su práctica fuera del matrimonio. De esta manera, “el mal paso” y sus variaciones constituyeron las denominaciones de los principios de la ideología de la domesticidad en la cultura de masas, que hicieron su aporte a la descalificación social del trabajo femenino asalariado.

“La costurerita que dio aquel mal paso”, de Evaristo Carriego, constituye el poema que tempranamente acuñó la expresión. La costurerita es una joven que reside en un barrio de la ciudad y trabaja en un taller de costura donde soporta la “maldad insufrible / de las compañeras”²⁶ quienes sospechan la práctica de su sexualidad fuera del matrimonio. El “mal paso” de la costurera consiste en partir de su hogar en compañía de un hombre quien en un futuro la abandonaría. Así “la costurerita” “dejó la casa para no volver” seducida por “el sinvergüenza que no la hizo caso / después...”²⁷.

²⁶ Sarlo Sabajanes Beatriz, *Evaristo Carriego y otros poetas*, CEAL, Buenos Aires, 1968.

²⁷ Sarlo Sabajanes, *Op. Cit.*, 1968.

La identidad de la protagonista del poema se designa a partir de su ocupación en el mercado de trabajo. Sin embargo, no es la participación en el mercado de trabajo la causa de su desliz sexual, sino el engaño amoroso que se deduce del calificativo de “sinvergüenza” aplicado a su seductor. Así, La metáfora creada por la representación del “mal paso” constituye una sintética representación con dos componentes condenatorios: una conducta sexual incorrecta y el abandono del hogar.

Ignacia Regules protagoniza la novela *Nacha Regules* que Manuel Gálvez publica en 1919. Ella, según las variadas expresiones del narrador, es una “muchacha de la vida”, una “mujer de la mala vida”, una “mujer caída”, una “perdida”, una “prostituta”. Con estas expresiones, se denomina al comercio sexual femenino. En el relato, Ignacia ha sido víctima de un engaño amoroso perpetrado por un hombre quien la sedujo y la ultrajó: “yo no me imaginaba sus planes. Intentó la violencia contra mí, yo me defendí, lloré. Todo fue inútil.”²⁸ La construcción del relato biográfico de la protagonista continúa con la huida de la casa materna a los veinte años, la convivencia con su seductor, la condena de su madre (“mi madre no quiso oírme”²⁹) el embarazo, la enfermedad y la posterior pérdida del hijo nacido muerto, y el abandono. Ante la soledad, Ignacia ingresa al mundo del trabajo:

"Nacha refirió sus esfuerzos por trabajar y vivir decentemente. Entró en una tienda (...). Veinticinco pesos mensuales y once horas de trabajo. (...) Lo que ella ganaba era una miseria. El gerente le hizo el amor, amenazándola con echarla si no se le entregaba. Las compañeras eran casi todas, víctimas como ella, pero habían resuelto su situación: tenían amantes que les daban dinero, o frecuentaban las casas de citas. Un día una de ellas le dijo que era inútil querer ser buena y resistir: todas caían, tarde o temprano, porque éste era el destino de las mujeres pobres. Era una excelente muchacha, trabajadora, (que necesitaba) acudir dos o tres veces por semana a cierta casa oculta donde iban señores serios. (...) Era inevitable que yo me perdiese, (...) las deudas, el hambre, (...) hasta la creencia absurda de que así me libraba del gerente contribuyeron a perderme. Y un domingo le pedí a mi amiga que me llevara a aquella casa..."³⁰

De esta manera, la protagonista anhela cumplir el objetivo de una vida dentro de los parámetros de moral correcta a través de un trabajo asalariado en el sector comercial. No obstante, el trabajo

²⁸ Gálvez Manuel, *Nacha Regules*, CEAL, Buenos Aires, 1968, (1919), p. 41

²⁹ Gálvez Manuel, *Op. Cit.*, 1968, p. 42.

³⁰ Gálvez Manuel, *Op. Cit.*, 1968, pp. 42-43.

asalariado no le permite satisfacer sus necesidades básicas. A los bajos salarios se suma el acoso sexual del empleador bajo la amenaza del despido. La solución ante los apremios económicos será la prostitución ejercida bajo dos estilos: un cliente estable –amantes que les daban dinero-, o bien clientes ocasionales -la casa de citas-.

En definitiva, “la penuria de los sueldos”, “los salarios irrisorios”, “la necesidad de vivir” es la causa de la caída que consiste en ingresar al comercio sexual. Éste se representa como una actividad que se alterna con la actividad laboral, y permite así la complementariedad de los ingresos.

Ahora bien, en el relato, una nueva situación comienza cuando algunos de los clientes convierten a estas mujeres en sus amantes, de manera tal que las llevan a vivir con ellos y devienen en sus “queridas”, rodeadas de bienestar material y alejadas del mundo del trabajo. Así se establece una especie de acuerdo tácito basado en un intercambio de compañía, diversión y sexo, por casa, comida y lujos materiales. Esta será la situación de la protagonista:

"Sí, estoy contenta. (...) Tengo una casa, vivo feliz... Ya no ando de aquí para allí rodando, como antes. En mi casa hay lujo, gasto la plata que quiero. Tengo dos sirvientas. ¿Qué más puedo desear? Ahora sé lo que es la tranquilidad, después de tanto sufrir..."³¹, confesará Nacha en oportunidad de reflexionar sobre su calidad de amante de un antiguo cliente.

Sin embargo, ésta es una solución transitoria a los problemas materiales porque el peligro del abandono ante el envejecimiento, la enfermedad y la posterior muerte, acecha a las mujeres que han seguido el camino de la protagonista: "La juventud pasará pronto y un día se encontrará usted anciana, enferma y hecha un harapo humano. La devorará la tuberculosis (...) Se volverá una simple bestia de placer"³², anuncia un personaje de la novela a Nacha.

El recorrido biográfico de Ignacia se repite en otros personajes de la novela: todas son pobres mujeres que caen, ruedan, se pierden, debido a la necesidad económica.

³¹ Gálvez Manuel, *Op. Cit.*, 1968, p. 13.

³² Gálvez Manuel, *Op. Cit.*, 1968, p. 44.

Carmen es la protagonista de “La vendedora de Harrod’s” un folletín escrito en 1919 por Josué Quesada que integra *La Novela Semanal*. La joven trabajadora de diecisiete años se desempeña como vendedora en la tienda Harrod’s, con el propósito de costear el presupuesto de su familia integrada por la madre viuda y cinco hermanos pequeños. Así, es la necesidad económica la que ha llevado a Carmen al mundo del trabajo. En la tienda y en la calle -a la salida de la tienda-, la vendedora vivirá el asedio de Juan Manuel, miembro de una adinerada familia cuyo padre -estanciero acaudalado- se halla preocupado por la fortuna familiar y el prestigio de los apellidos. El asedio de Juan Manuel finaliza con la seducción de la vendedora y ambos devienen “querida” y “amante”:

“Carmen había transigido con las pequeñas exigencias de Juan Manuel, y en más de una oportunidad aceptó llegar hasta las proximidades de su casa en automóvil. La primera vez, fue el pretexto de una lluvia torrencial; luego el de dar una vuelta y, por último, ¿por qué no confesarlo?, el deseo de los besos apasionados que bien pronto reemplazaron a las palabras. Y llegó el día en que Carmen, confiada en el cariño que él tantas veces le había jurado, acudió a la cita en la “garconière” que acababa de instalar... El sacrificio de su juventud y de su honor se cumplió sin que mediara una palabra (...).³³

De esta manera, el “sacrificio de su honor” consiste en el uso incorrecto que Carmen hace de la sexualidad porque la emplea con fines placenteros fuera del matrimonio. El sacrificio del honor es la pérdida de la virginidad, y la condena social que ello implica.

La relación se mantendrá clandestina durante dos años, donde cada quien seguirá con sus actividades anteriores al encuentro. El departamento de Juan Manuel actuará como espacio de intercambio sexual. A lo largo de los años, Carmen mantendrá su puesto de vendedora, al tiempo que su grupo familiar se beneficiará de la generosidad material de Juan Manuel.

Una historia de amor imposible de materializarse desde el punto de vista de las clases sociales que cuenta con la condena de todos los protagonistas del relato. El padre de Juan Manuel desaprueba la relación con Carmen concebida como “una aventura” y en el vecindario de ella, las “habladurías” y

³³ Quesada Josué, “La vendedora de Harrod’s”, *La novela semanal*, n° 69, 10 de marzo de 1919, en *Labeur*, Paula (selección y prólogo), *La Novela Semanal 1917-1926. Tomo IV*, Universidad Nacional de Quilmes, Diario Página 12, Buenos Aires, 1999, p 25.

“murmuraciones” la condenan. La historia finaliza con el abandono de Carmen cuando el padre de Juan Manuel le exige el matrimonio con una mujer de su entorno social y el fin a la relación con la empleada.

De esta manera, Carmen conserva su puesto de trabajo sumida en la tristeza: la “empleada alegre y atrayente”³⁴, se convierte en “una muchacha pálida, de lindos ojos tristes, cansados de llorar”³⁵. Un uso incorrecto de la sexualidad junto con el abandono del amante provocan estos cambios en la subjetividad de la vendedora.

Anita es junto con Andrea la protagonista de “La hija del taller”, el relato de *La Novela Semanal* escrito por Julio Fingerit en 1921. Andrea, madre de Anita, es la propietaria de un taller de lavado y planchado quien ha iniciado su carrera laboral como planchadora para finalizarla como propietaria de su propio emprendimiento. Anita cometió “el mal paso”, es decir se apartó de los planes de su madre - estudiar magisterio o trabajar como costurera de ropa fina en el taller-. Seducida por un estudiante de medicina, futuro heredero de una abultada suma, huyó con él y dejó la casa materna. Al cabo de tres años fue cambiando de hombres que no sólo la mantenían, sino que le brindaban una copiosa prosperidad material, al punto tal que el tercero de ellos, un abogado, la convirtió en propietaria de una importante construcción (un “hotelito”). De esta manera, el “mal paso” de Anita consiste en convertirse en amante -mujer de placer- de hombres acaudalados que jamás le propondrán matrimonio debido a su origen social. Ellos le facilitan el ascenso social materializado en alhajas, ropas finas, y la casa. Nuevamente la conducta sexual es incorrecta porque Anita emplea su sexualidad como herramienta para obtener el bienestar material.

Otras empleadas del taller, a la búsqueda de la prosperidad material, repiten la biografía de Anita. Precisamente, era el tipo de tareas que realizaban en el taller lo que despertaba sus fantasías y las empujaba hacia el “mal paso”:

“La costurera de fino (...) zurcía y bordaba lo que fuera necesario. Pegaba un encaje desprendido de una camisa o desgarrado de su sitio; y la costurera, al hacerlo, soñaba en la forma que había

³⁴ Quesada Josué, *Op. Cit.*, 1999, p. 26.

³⁵ Quesada Josué, *Op. Cit.*, 1999, p. 35.

asumido la lucha amorosa en la cual se había desprendido, quizá violentamente, tal puntilla (...). Un perfume de amor emanaba de esas telas (...). Después de soñar con la interpretación de los desgarrones de las puntillas y de los botones despegados con violencia, se (transformaba y alzaba) el vuelo; a obtener (ella) también camisas con encajes y a que otras las cosieran cuando ellas las desgarraban.”³⁶

Así, el contacto con prendas dañadas despierta las fantasías de las costureras y planchadoras quienes reconstruyen el acto sexual y anhelan protagonizar esas situaciones. En consecuencia, dejaban el trabajo asalariado y se convertían en amantes de aquéllos que se lo propusieran. Anita observó muchas de esas situaciones:

“La chicuela se hacía mujer en medio de esa atmósfera de caídas, de murmuraciones: Pepa que se escapó con el muchachito del automóvil Ford; Manuela que se fue vivir con el vejete Ciervo, quien le había puesto un departamento; se le iba llenando la cabeza de dudas sobre lo que era mejor o peor. Veía repetirse las deserciones, y a cada deserción era en el taller un comentario sobre lujos, maravillas, dinero gastado jubilosamente.”³⁷

No todas estas mujeres que abandonaron el mundo del trabajo tendrán la fortuna de Anita. Algunas sufrirán el abandono, y la muerte en soledad luego de una cruel agonía de enfermas. Ahora bien, el espejo donde la biografía de Anita se refleja es la biografía de Andrea, su madre cuya actividad laboral – “su apego al deber”³⁸ - le ha permitido un digno y austero nivel de vida – “afición a la austeridad”³⁹ -, alejado de los excesos de lujo con que sueña Anita.

Sin embargo, Andrea llegará a elaborar la conclusión de que fue el ambiente del taller lo que indujo a Anita a su caída. No sólo por los ejemplos de muchas de las empleadas sino por el tipo de actividad que había puesto a su hija en contacto con la ropa fina y los encajes, elementos de lujo:

³⁶ Fingerit Julio, “La hija del taller”, *La novela semanal*, n° 170, 14 de febrero de 1921, en Labeur, Paula (selección y prólogo), *La Novela Semanal 1917-1926. Tomo IV*, Universidad Nacional de Quilmes, Diario Página 12, Buenos Aires, 1999, pp. 54-55.

³⁷ Fingerit Julio, *Op. Cit.*, 1999, p. 56.

³⁸ Fingerit Julio, *Op. Cit.*, 1999, p. 45.

³⁹ Fingerit Julio, *Op. Cit.*, 1999, p. 45.

“(…) Andrea venía a descubrir que (…) su oficio de planchadora era un celestinazgo entre los placeres y tentaciones del mundo galante sugeridos por las finas prendas íntimas y la imaginación de las jóvenes que en su taller tenía. Una víctima entre otras había sido su hija.”⁴⁰

De esta manera, es el mundo del trabajo lo que empuja a Anita a comprometer su moral sexual, con el objetivo del ascenso social.

La costurerita y la dactilógrafa que protagonizan los poemas de Nicolás Olivari, son instadas a dar el “mal paso” o a “entregarse” porque esas son las únicas maneras posibles de lograr bienestar material. Esta representación se asocia con que ninguna expectativa se puede esperar del mundo del trabajo:

La costurerita que dio aquel mal paso
Y lo peor de todo sin necesidad.
Bueno, lo cierto del caso,
Es que no se la pasa del todo mal.
Tiene un pisito en un barrio apartado,
Un collar de perlas y un cucurucho
De bombones; la saluda el encargado,
Y ese viejo, por cierto, no la molesta mucho.⁴¹

La joven trabajadora disfruta de una propiedad (“el pisito en un barrio apartado”), del lujo suntuario de las joyas (“collar de perlas”) y de exquisiteces gastronómicas (“cucurucho de bombones”). A cambio de estos bienes se ha convertido en amante de un hombre mayor (“el viejo”). Es decir mantiene un intercambio sexual fuera de la legalidad del matrimonio. También se ha ganado el respeto del portero del edificio donde vive (“la saluda el encargado”). En definitiva, si bien su conducta sexual se halla

⁴⁰ Fingerit Julio, *Op. Cit.*, 1999, p. 45.

⁴¹ Olivari Nicolás, “La costurerita que dio aquel mal paso” en Olivari Nicolás *La amada infiel*, Buenos Aires, Modesto H. Álvarez, 1924, p. 51.

comprometida, situación que merece el repudio social, la joven alcanzó la prosperidad material (“no se la pasa del todo mal”). Esto legitima la burla y la desconsideración hacia las condenas sociales:

Reíte de los sermones de las solteras viejas;

En la vida, muchacha, no sirven esas consejas,

Porque... ¡piensa!... ¡si te hubieras quedado!...⁴²

En definitiva, si la joven hubiera permanecido en el mundo del trabajo el resultado habría sido la enfermedad, la ruina física:

¡Pobre si no lo daba, que aún estaría

si no tísica del todo, poco le faltaría!⁴³

Una situación similar es aconsejada a las dactilógrafas. Las largas jornadas de trabajo, los bajos salarios, la desagradable rutina laboral, sólo pueden ocasionar falencias materiales y conducir a una situación de frustración:

Muchacha...

-quizás ganes sesenta pesos al mes-

la miseria te obligará a mostrar la hilacha

¿Qué? ¿Diez horas de trabajo en la oficina

no te han colmado de rabia todavía?

Adiós al mostrador, la miserable faena,

el suplicio de la máquina, el sufrimiento mudo⁴⁴

⁴² Olivari Nicolás, en *Op. Cit.*, p. 51.

⁴³ Olivari Nicolás, en *Op. Cit.*, p. 51.

⁴⁴ Olivari Nicolás, “Canto a la dactilógrafa”, en Olivari Nicolás, *La musa de la mala pata*, Buenos Aires, CEAL, 1992. (1era edición 1926), pp. 21-22.

La solución a las falencias (“la miseria”) y la frustración (“la rabia”, “el sufrimiento mudo”) es “la entrega”, es decir convertirse en prostituta:

escucha este consejo:

entrégate a un burgués.

¡Véndete lo mejor posible y al mejor postor,

ya es hora de cambiar tus alhajas de similor,

¿Qué esperarás para entregarte?

Y caíste: bien ¡hurra!, ¡aleluya!

es muy lógica esa satisfacción tuya:

tu antigua vida ya es una lejanía...

Cara ex-dactilógrafa, actualmente prostituta,

tu caso es un simple caso de permuta

en la bolsa social.⁴⁵

De esta manera la dactilógrafa ha devenido prostituta y ha trocado la identidad de trabajadora asalariada por la de trabajadora sexual. Esto traerá bienestar material metaforizado en el cambio de las “alhajas de similor” y una situación de conformidad (“satisfacción”). En definitiva, el mundo del trabajo sólo puede brindar enfermedad, miseria, largas y extenuantes jornadas que nunca se traducirán ni en realización personal ni en ascenso social.

María Luisa protagoniza “La costurerita que dio aquel mal paso...”, otro relato escrito por Josué Quesada para *La Novela Semanal* en 1919. Su historia es similar a la de Carmen antes que a la costurerita de Carriego, más allá de la cita del poema en el folletín. María Luisa es una eficiente sombrerera con cuyo trabajo complementa el presupuesto de su grupo familiar compuesto por su madre viuda quien

⁴⁵ Olivari Nicolás, “Canto a la dactilógrafa”, en *Op. Cit.*, 1992, pp. 21-22.

subalquila algunas habitaciones de su casa. María Luisa involucra su sexualidad con un astuto seductor que luego la abandona. A diferencia de “la costurerita” no abandona el hogar materno. Como Carmen “sacrifica su honor”, situación que luego del abandono deviene insostenible y finaliza con su suicidio.

Esther constituye otro de los personajes del relato. Joven costurera que trabaja bajo la supervisión de María Luisa, ha cometido “el mal paso”:

“Yo había caído (...) hasta el fondo del pantano. (...) Me había propuesto vencer la pena y olvidar mi pasado de vergüenza. Tenía toda una vida por delante. Había caído, cuando recién comenzaba a vivir y me sentía desfallecer... hundir en el fango. Un día (...) me erguí con fuerza y llamé a muchas puertas en busca de trabajo.”⁴⁶

Nuevamente la representación invoca implícitamente un uso indebido de la sexualidad. Sin embargo, lo novedoso es que es la actividad asalariada la situación que le permite a Esther empezar la reivindicación de su conducta inmoral pasada. Aún así la pena la invade como a Carmen: “en el taller, (...) trabajaba en silencio, inclinada sobre su labor y algunas veces, cuando creía que nadie la miraba, dejaba correr por su rostro gruesas lágrimas”.⁴⁷

En una de sus Aguafuertes, Roberto Arlt se refiere a “una pobre mujer”⁴⁸ protagonista de “el mal paso”, quien pudo recuperar su condición de decencia gracias a su participación en el mercado de trabajo: “continué trabajando para ayudar a mi madre y a mis hermanitos”. Luego se casó y su pasado moralmente incorrecto puso en jaque su matrimonio. Sin embargo, esta pobre mujer reivindica la situación laboral como manera de eliminar la inmoralidad: “la mujer que peca pero que se redime y trabaja honradamente para sí merece ser apreciada como esposa”. En este caso no es el mundo del trabajo la puerta de acceso a valores poco éticos, sino la posibilidad de recuperar una aceptación social, aunque el estigma del pasado ignominioso persigue a la protagonista.

La costurerita sufre el engaño a manos de un seductor inescrupuloso; Nacha es víctima de la pobreza; Carmen se sacrifica por amor; Anita anhela bienestar material. En las cuatro representaciones

⁴⁶ Quesada Josué, “La costurerita que dio aquel mal paso...” *La novela semanal*, n° 110, lunes 22 de diciembre de 1919, en Pierini, Margarita (selección y prólogo), *La Novela Semanal 1917-1926. Tomo I*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, Diario Página 12, 1999, p. 92.

⁴⁷ Quesada Josué, “La costurerita que dio aquel mal paso...”, *Op. Cit.*, 1999, p. 84.

⁴⁸ Arlt Roberto, “Una pobre mujer”, Buenos Aires, diario *El Mundo*, 3 de marzo de 1930, en Arlt Roberto, *Secretos Femeninos. Aguafuertes inéditas*, Biblioteca Página 12, Buenos Aires, Agosto 1996, p. 40.

creadas por los relatos ficcionales las mujeres trabajadoras protagonizan un “mal paso” ya que practican conductas sexuales incorrectas que comprometen su integridad moral y por ende su prestigio social. De acuerdo con los principios de la ideología de la domesticidad, las cuatro protagonistas no sólo se han alejado de la maternidad, y del mundo doméstico, sino que el mundo del trabajo –el mundo público de manera más general-, las ha descalificado; por lo tanto, el camino hacia la realización individual que las satisfaga en lo personal, y que en social que las llene de reconocimiento, se halla obstaculizado. El desenlace más extremo lo protagoniza María Luisa quien ante su “caída” pone fin a su vida.

En oposición a lo anterior, Ester y “la pobre mujer” encuentran en la actividad laboral el camino para limpiar su pasado de ignominia social debido a sus faltas sexuales. Estos relatos justifican la concepción de excepcionalidad que los principios de la domesticidad atribuyen al trabajo femenino asalariado, porque el mundo del trabajo sólo permite rehabilitar a las mujeres “caídas”, situación que no implica ninguna promoción o realización porque el estigma las persigue permanentemente.

Por último, la costurerita y la dactilógrafa de Olivari reciben la sugerencia de comprometer su sexualidad con el fin de alcanzar el ascenso social que el mundo del trabajo nunca les facilitará. Las mujeres, de acuerdo con la domesticidad, no pueden encontrar en la actividad laboral ni satisfacción personal, ni promoción social. Sólo el “mal paso” puede brindárselas.

3. Las promociones individuales

La situación que más cuestionó los principios de la domesticidad fue la práctica laboral de las mujeres. La cultura de masas creó representaciones donde se visibilizaron las malas condiciones de trabajo, pero también esbozó representaciones donde las protagonistas portaban subjetividades alternativas –al menos por momentos- a los estereotipos dominantes. Son esas representaciones de subjetividades alternativas las que permiten pensar ciertas promociones que el mundo laboral ofrecía a las mujeres.

Las malas condiciones laborales se asocian con la cantidad de horas trabajadas y los sueldos recibidos. Ya mencionamos que la dactilógrafa creada por Olivari practicaba una jornada de diez horas y recibía un salario de alrededor de sesenta pesos mensuales. Por otra parte, la Nacha de Gálvez realizaba

una jornada de once horas a cambio de un sueldo que oscila entre los veinticinco pesos y los sesenta pesos mensuales. A eso había que agregarle el ya referido acoso de los empleadores, la exigencia de permanecer paradas a lo largo del día, la prohibición de usar los ascensores para trasladar mercaderías a los pisos superiores, las multas –descuentos del sueldo- por el daño de las mercaderías o instalaciones. Las planchadoras de Fingerit manifestaban una profunda preocupación ante el daño que la actividad infringía a sus cuerpos: “Estas manos ya no se endurecerán más manejando la plancha”, afirmaba una de las planchadora, cuyas manos estaban “ásperas de trabajo, a despecho de todos los cuidados, de frotarlas con glicerina por la noche y de untarlas de vaselina; manos de mujer de trabajo”⁴⁹.

Junto a estas representaciones sobre las adversidades del mundo del trabajo femenino nos encontramos con otras representaciones que iluminan las promociones o bienestares que podían protagonizar las trabajadoras. Así, la Carmen de Quesada es caracterizada como una “empleada alegre” que posee una “afición al trabajo”. Su empleo como vendedora significó una mejor posición en el mercado laboral que le permitía cumplir con éxito su responsabilidad de jefa de hogar cuyo sueldo permitía el sostenimiento de su madre y sus hermanos. La promoción en el mercado laboral está marcada por el pasaje de la tarea de costurera actividad que le permitía ganar “algunos centavos”⁵⁰ a la de vendedora. Por otra parte, María Luisa, también una creación de la pluma de Quesada protagoniza una carrera laboral en un taller de costura que le permite pasar de la condición de oficial a la de primera oficiala:

“Y María Luisa encontró en el trabajo el único halago. Poniendo en él todas las armonías de su alma juvenil, logró destacarse, y fue bien pronto la primera oficiala del taller. Había ingresado en el cargo más modesto y llegaba ahora al más alto.”⁵¹

Así el trabajo representa para María Luisa una actividad que la realiza -un único halago- debido a que le permite desarrollar sus destrezas, situación que empujará su promoción laboral y un aumento de la clientela del taller:

⁴⁹ Fingerit Julio, *Op. Cit.*, 1999, p. 58.

⁵⁰ Quesada Josué, “La vendedora de Harrod’s”, *Op. Cit.*, 1999, p. 20.

⁵¹ Quesada Josué, “La costurerita que dio aquel mal paso...”, *Op. Cit.*, 1999, p. 83.

“en su taller se absorbía en su trabajo y se olvidaba de todo. Mientras hacía sombreros, que esa era su especialidad, nada era capaz de distraerla. Más que sus propios sentidos, más que su buen gusto, ponía en su trabajo toda el alma. Tenía (...) como ninguna, una gracia exclusiva y personal para combinar colores, gasas, tules, flores y adornos. En sus manos de artista, tales elementos parecían adquirir de pronto inusitada vida. Y una tras otra, a cual mejor, iban saliendo de entre sus dedos pequeñas obras de arte (...). Se había hecho fama que los sombreros de María Luisa eran los mejores, y cuanta dama o niña apreciara en algo su distinción y su elegancia estaba obligada a lucir artículos de esa casa.”⁵²

La Andrea de Fingerit es una trabajadora cuya capacidad laboral combinada con un ahorro sistemático le permiten el pasaje de la condición de asalariada a la de la condición de propietaria de un taller:

“Tenía firmeza de ánimo y era capaz de llevar a cabo resoluciones difíciles. Fue añascando peso sobre peso, casi con avaricia, con voluntad de crearse un capitalito. Diez y seis años tenía Andrea cuando era la muchacha más lista y más hábil del taller de la calle Santa Fe. A los veinte años, Andrea tenía unos pocos pesos acumulados. Los empleó sabiamente en un taller de lavado y planchado, a despecho de que Ivette le había propuesto asociarla a su taller. Alquiló la casa de la calle Esmeralda. Ella habitó dos piezas y otras dos destinó a las empleadas para el trabajo. Nunca dejó de trabajar personalmente. Las tareas más delicadas las realizaba ella.”⁵³

Más allá del desenlace de las historias que protagonizan María Luisa, Carmen y Andrea, desenlace donde los principios dominantes de la domesticidad imprimen su sello de condena y por lo tanto frustración personal, las tres representaciones que hemos citado estereotipan la movilidad ocupacional que protagonizaban las mujeres, con el objetivo de mejores salarios. Dicha movilidad se asocia con una cierta promoción individual de las trabajadoras que las condujo a permanecer en el mercado de trabajo a la búsqueda de una relativa mejor posición.

⁵² Quesada Josué, “La costurerita que dio aquel mal paso...”, *Op. Cit.*, 1999, p. 66.

⁵³ Fingerit Julio, *Op. Cit.*, 1999, pp. 45-46.

La persecución de cierta promoción individual en el mercado de trabajo también puede leerse en las actividades de formación y adquisición de habilidades para un desempeño en empleos mejor remunerados o más prestigiosos, según la escala de valores que gozaban las tareas asalariadas desempeñadas por mujeres. El hecho de asignar, tiempo, dinero, y esfuerzo intelectual son indicios del deseo de la búsqueda de cierta promoción individual.

Así, la normalista creada por Alfonsina Storni sostiene: “Opino sobre mí misma lo siguiente: que soy pobre. Que estudio con sacrificio para ayudar a los míos y quisiera obtener el puesto a que me da derecho mi título (...). Afirmo que soy inteligente y capaz. (...) Y por último: mi madre es viuda y mis hermanos están desnudos.”⁵⁴ De esta manera, la egresada de Escuela Normal tiene impresos los principios dominantes de la domesticidad porque trabaja por necesidad para mantener a su familia en la que no hay un “varón proveedor”. Ella es jefa de hogar, aunque conciba su actividad asalariada como una ayuda. Sin embargo la actividad elegida –la docencia- implica un esfuerzo material que será recompensado con el título con el que puede postularse en el puesto codiciado por más de una normalista. La reivindicación del título, y la proclamación de las características de inteligencia y capacidad son indicios de concepciones de una subjetividad en transformación, porque muestran la aspiración a empleos de mayor prestigio y relativamente mejor remunerados.

Por otra parte, las maestras que también estereotipó la pluma de Storni eran trabajadoras que desafiaban los principios de la domesticidad porque sus buenos salarios junto con sus conocimientos les otorgaban un prestigio individual que ellas hacían valer en el momento de pensar en el matrimonio. Así, los buenos salarios las alejaban del matrimonio –“mientras más seguridad económica hay en la mujer, menos prisa tiene por casarse”- mientras que la posesión de saberes y sus actividades intelectuales las convertían en selectivas buscadoras de “esposos con espíritus cultivados”. Sin embargo, la feminización de la actividad docente, a partir de la atribución de características maternas, devolvía tranquilidad a los principios de la domesticidad: “Un corazón femenino, tierno, tiene ya, en esta tarea cerca del niño mucho de la función maternal tan necesaria a la vida de la mujer.”⁵⁵

⁵⁴ Tao Lao, “La Normalista”, diario *La Nación*, segunda sección, domingo 13 de Junio de 1920, p. 1.

⁵⁵ Tao Lao, “¿Por qué las maestras se casan poco?”, diario *La Nación*, segunda sección, domingo 13 de marzo de 1921, p. 4.

Las empleadas administrativas que creó Arlt portaban una subjetividad innovadora y emergente que cuestionaba los principios de la ideología de la domesticidad. Eran mujeres que se corrían del estereotipo de la mujer madre para reivindicar sus libertades de movimiento sin tener que rendir cuentas a ninguna otra persona. Estas libertades eran la promoción individual que les concedía la permanencia en el mundo del trabajo. Así, la empleada de escritorio que realizaba tareas contables y ganaba ciento treinta pesos por mes, si bien se preguntaba si existía la felicidad para la mujer que trabajaba, la cual parecía verse oscurecida por la monotonía de la rutina semanal y por un ajustado presupuesto, ahorraba para realizar un viaje durante sus vacaciones, paseaba los días domingo y estudiaba en una academia el idioma inglés con el difuso objetivo de viajar: “un estudio es una posibilidad de independencia. Una puerta abierta a otro mundo”⁵⁶. Esta trabajadora declaraba una falta de interés por el matrimonio porque no le resolvería su ajustado presupuesto, ni tampoco tendría tiempo para dedicarle a la relación.

Por su parte, la corresponsal que ganaba trescientos pesos mensuales no sólo rechazaba el matrimonio y la maternidad como un mandato a cumplir, sino que reivindicaba sus condiciones de trabajadora y de soltera, las cuales les daban libertad de movimiento: “hago lo se me da la santísima gana”⁵⁷.

A pesar de la adversidad con que los principios de la domesticidad concibieron al trabajo femenino asalariado, ciertas representaciones elaboradas por las producciones de la cultura de masas hablan de las promociones que podían protagonizar las mujeres, al establecer relaciones entre las actividades asalariadas y las mejoras en las condiciones de trabajo producidas por una movilidad ocupacional o una formación en ciertas profesiones. Las representaciones de las promociones tensionan a las representaciones de “el mal paso”, lo cual es un indicio de las tensiones que se libraban entre las prácticas del trabajo femenino asalariado y sus significados condenatorios.

⁵⁶ Arlt Roberto, “¿Existe la felicidad para la mujer que trabaja?”, diario *El Mundo*, 23 de agosto de 1937, en Roberto Arlt, *Las muchachas de Buenos Aires*, Edicom, Buenos Aires, 1969, p. 25.

⁵⁷ Arlt Roberto, “Opina una soltera”, diario *El Mundo*, 2 de octubre de 1931, en Roberto Arlt, *Secretos femeninos. Aguafuertes inéditas*, Biblioteca Página 12, Buenos Aires, Agosto 1996, p. 84.

4. Reflexiones finales

Las variadas producciones literarias de la cultura de masas visibilizaron a las mujeres trabajadoras porque sus protagonistas eran asalariadas que se desenvolvían en el complejo y heterogéneo mundo del trabajo.

La ideología de la domesticidad concibió el trabajo femenino asalariado como una actividad que atentaba contra la femineidad definida a partir de la maternidad. Una pluralidad de discursos sociales no sólo difundió estos principios sino que contribuyó a su creación. Dentro de tales discursos, este escrito indagó sobre el discurso literario de la cultura de masas. Según vimos, los estereotipos del “mal paso” asociaron el trabajo femenino asalariado con conductas sexuales incorrectas ya fuera porque se ejercían fuera del matrimonio o en situaciones de prostitución. Sin embargo, estos estereotipos fueron tensionados por otros que asociaron el trabajo asalariado de las mujeres con situaciones de promoción material o social.

En definitiva, estas tensiones que atravesaban al discurso literario invadían las prácticas de las trabajadoras porque las precarias condiciones laborales competían con la búsqueda de empleos relativamente mejor posicionados en el mercado de trabajo, en un contexto en que las mujeres trabajaban en calidad de jefas de hogar, en pos de subsanar el déficit presupuestario o bien a la búsqueda del ascenso social. Así, las tensiones al interior del mundo del trabajo hablaban de las tensiones entre los sexo-géneros porque el trabajo femenino abría puertas hacia el cuestionamiento de la subordinación de las mujeres a los varones.